

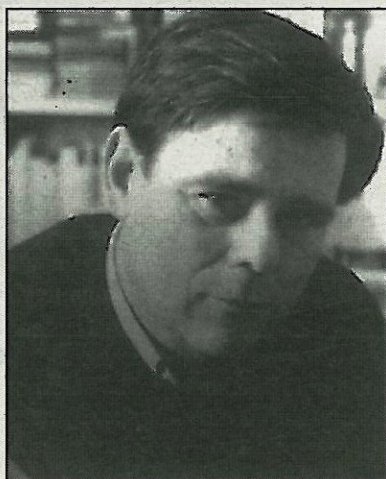
Un "desalmado" Gómez Rufo

Gómez Rufo es uno de los muchos autores que, mereciéndolo sin duda, no cuenta con ninguna obra incluida en la lista de cien mejores novelas del siglo XX que va vendiendo El Mundo semana a semana. Ya se ha dicho en estas páginas la opinión que nos merece esa colección.

Gómez Rufo, y es una satisfacción para sus lectores, se supera con cada nueva novela. Gómez Rufo ha perfilado con mimo su estilo, lo ha estilizado hasta el extremo de casi hacerlo frío, pero insuflando el contenido de una tal fuerza calórica que el resultado, desarrollado con precisa y calculada técnica narrativa, hace vibrar, llenando de sentido y sentimiento la lectura de las páginas por él compuestas.

El alma de los peces ha sido conocido en otros países antes de tenerlo entre nosotros, parece que este "retraso" ha permitido a su autor ofrecernos un final distinto para ese protagonista. ¿Por qué? Porque no podía matar al personaje cuando el mal sigue latente en el mundo y puede reaparecer —y reaparece diariamente— a nuestro lado.

Gómez Rufo nos ha construido un personaje malo, un ser dañino, uno de esos que forman en la parte oscura de la vida: tiranos, dictadores, violentos, autoritarios, machistas, asesinos. Bruno Weiss, el austriaco que vive en el siglo XIX, lo tiene casi todo, así nace y así se va haciendo a sí mismo con un afán desmedido de poder, de ambición por dominar el mundo, porque él no sólo tenía una idea para gobernar Weisberg, como llega a hacer, Vorarlberg o todo Austria, sino una idea para el mundo. Y para ello se va haciendo, controlando y reprimiendo el sentimiento más noble con el que cuenta, maleándolo y destrozándolo al final, con el sentido de quedarse libre de todo bien en aras de sus fines. Otro hecho que



caracteriza al personaje es su obsesión por encontrar la trampa en la que los números "se ocultaban para manifestarse", una trampa que logra descifrar con lo que consigue ganar cuando quiere en el Casino.

Y ese personaje vive en un país frío, donde manda la nieve, que siempre vuelve a caer.

Es una delicia terminar un libro y respirar hondo, henchido por el placer que te ha proporcionado su lectura. Eso me ha vuelto a pasar con **El alma de los peces**. Gracias, Antonio.

V.C.